

2008

Las ruinas del presente: Cuzco, entre Markham y el Inca Garcilaso Martfnez: un conjuro contra la crueldad y la injusticia

Sara Castro-Klaren

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Castro-Klaren, Sara (Primavera-Otoño 2008) "Las ruinas del presente: Cuzco, entre Markham y el Inca Garcilaso Martfnez: un conjuro contra la crueldad y la injusticia," *INTI: Revista de literatura hispánica*: No. 67, Article 2.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss67/2>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in INTI: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LAS RUINAS DEL PRESENTE: CUZCO, ENTRE MARKHAM Y EL INCA GARCILASO

Sara Castro-Klaren
Johns Hopkins University

El discurso de la arqueología en cuanto ciencia moderna aparece en el Perú con la publicación de *Antigüedades peruanas* de Mariano Rivero, impresa en Viena en 1851¹. Con Rivero la arqueología en cuanto identificación espacial certera, toma de medidas, excavaciones sistemáticas, identificaciones temporales, atribución correcta a sus orígenes culturales, hace su entrada en el Perú con sus estudios generales y preliminares de las ruinas Chimú, Mochica, Rimac e Inca. Con estos estudios, Rivero desarrolla un nuevo mapa del territorio “peruano”. Este arqueo-mapa, que como un paño transparente cubre los accidentes de los mapas post-coloniales del país, abre y sostiene un discurso fundacional en la formación de la nación. El testimonio y la emergencia del arqueo-espacio de la arqueología no sólo inauguran una nueva dimensión del pasado sino que vienen a complicar la relación del presente y de los saberes históricos sobre y con el pasado.

En cuanto objetos de contemplación e investigación, en cuanto entrecruces históricos y estéticos así como presencia inmediata del pasado, las ruinas de los grandes monumentos de las civilizaciones amerindias han desempeñado un papel muy importante en países como el Perú, México y Guatemala. Las ruinas Maya, Azteca, Inca, Tolteca, Chimú, entre otras, han inspirado y propulsado la imaginación de viajeros extranjeros, cuya obra ilustrada por la mano de dibujantes contemporáneos jugó un gran papel en difusión de intereses científicos en el estudio no sólo de la arquitectura e ingeniería de los antiguos sino también de todo el complejo cultural conectado con la posibilidad de la construcción de tan grandes y magníficos templos, fortalezas, plazas y murallas. El viaje y la publicación periódica de las cartas de viaje de Alexander von Humboldt (1769-1859) en conjunto

con su voluminosa obra, dan lugar a una especie de fiebre de viajeros en búsqueda, si no de civilizaciones supuestamente “perdidas”, por lo menos de un exotismo cultural en que el gastado imaginario europeo encontraría su primigenio y salvaje, aun vivo, antecesor, en cuanto “otro”. Sin embargo, ese camino hacia el “otro” en cuanto antiguo, adopta varias e intrincadas formas ya sea en su imbricación con la paleontología, la posterior antropología darwiniana e inclusive el comercio. Es más, las perspectivas hacia el pasado y los valores atribuidos a los distintos saberes nuevos para el mejor conocimiento del pasado para el presente, no son las mismas para los intelectuales locales que para los viajeros científicos. Otro es el objetivo y otro es el camino recorrido por los intelectuales locales, quienes, empezando por el Jesuita Francisco Javier Clavijero (1731-87) y siguiendo más tarde con la figuras de Julio C. Tello (1818-1947) y José María Arguedas (1911-69), consideran el estudio de las ruinas un acercamiento a un tiempo y espacio, que aunque olvidado, se mantiene propio y urgente. En el caso de los intelectuales nacionales, se trata no de descubrir sino más bien de rescatar y de reponer en la memoria personal y colectiva de la nación una visión necesaria.

De alguna manera, la apreciación del pasado registrada por Clavijero, Tello y Arguedas comparte de la urgencia ya enunciada por Garcilaso Inca al escoger dedicarle tantos años de su vida al estudio del Incario y la forma de textualizar sus conocimientos. En los países con un espléndido legado arquitectónico indígena, las ruinas han proporcionado una referencia innegable e inmediata a la antigüedad de la nación. En unos casos se han escrito textos profundamente evocativos y, como resultado, se ha producido un *arqueo-spacio* para la nación. Este acto de cognición imaginativa está, desde luego, anclado en complejas coordenadas inter-textuales, las cuales, por un lado, implican la observación e interpretación *in situ* y, por otro, dan lugar a improvisaciones con un palimpsesto venerable. En estos últimos textos, las ruinas aparecen en su función de objetos de la imaginación y del afecto. Emergen y se desvanecen de las páginas de la memoria para luego reaparecer a veces con líneas singularmente fuertes e indelebles². Las ruinas ocupan un lugar singular en la intersección entre la imaginación y la memoria.

Sin ir más lejos, y poner la mirada en el papel que desempeñan las ruinas romanas en el renacimiento, se comprueba que las ruinas juegan un papel crucial en la imaginación local respecto a su relación con el pasado y al concepto de un futuro ligado a ese pasado. De hecho, las ruinas nunca fueron simplemente una acumulación de piedras olvidadas y en desuso. Por el contrario, representan y hablan de la obra material y cultural de las generaciones pasadas. Y aunque se las considere a menudo lugares del abandono y materialidades mudas respecto a un significado actual, resultan, con frecuencia, sorprendentes catalizadores para el establecimiento de claves, momentos históricos, artísticos y políticos. Simon Schama, en

Landscape and Memory (1995), ofrece una narrativa iluminadora respecto al planeamiento de la distribución de aguas en la Roma del Renacimiento y el rescate, reconstrucción e imitación del sistema y estética de las fuentes de la Roma clásica para la gran urbe de Papas, artistas y príncipes. Los mecenas y Papas romanos vieron en la restitución de Roma su guía para el embellecimiento del centro de la cristiandad del mundo. Roma en ruinas, Roma excavada, guía no sólo el diseño de arquitectos e ingenieros sino las aspiraciones políticas y estéticas de los Papas y artistas de ese gran momento en la historia de la creación de un pasado que es reclamado para el presente pasando por el arqueo-spacio de las ruinas. En este sentido, y en caso de países como el Perú, en que participan fuertemente los viajeros extranjeros, es necesario considerar cómo, tanto la memoria local como la memoria del viajero científico, se entrecruzan y se modifican mutuamente en la construcción de imágenes y significados.

En lo que sigue, me centraré en un análisis textual de la poética arqueológica de la evocación, uno de los modos narrativos y construcciones retóricas principales en la representación de las ruinas. Estudio aquí el viaje de Sir Clement R. Markham (1830-1916), *Cuzco: A Journey to the Ancient Capital of Peru, with an Account of the History, Language, Literature, and Antiquities of the Incas, and; Lima: A Visit to the Capital and Provinces of Modern Peru*, publicada en Londres en 1856 y reeditada en Nueva York en 1973 debido a la inesperada riqueza retórica de sus páginas y al palimpsesto sostenido que la obra despliega en su relación con los *Comentarios reales* (1609) del Inca Garcilaso. En este análisis del texto de Markham, demostraré cómo una memoria cultural letrada informa, se entrecruza y a veces suplanta la experiencia testimonial de Markham frente a las ruinas in situ y determina así la narración que la naturaleza misma del viaje engendra. En esta narrativa-evocación, pareciera que el imaginario cultural interior al sujeto de conocimiento se agudiza con los efectos de la experiencia viva de estar en la presencia de las ruinas en un presente que no se puede desprender del recuerdo forjado en la lectura de un texto avasallante. Es decir, la ruina evoca la memoria de lo ya encontrado en la experiencia de la lectura. En este caso es detectable la memoria específica de los *Comentarios reales* (1609) del Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), la cual se hace parte inextricable del presente de quien observa y textualiza las ruinas. Esta memoria cultural “ya conocida” está, a su vez, llena de sus propias obsesiones y nostalgias. Se trata pues, de un ejemplo de memoria cultural “en abysme”. Sin embargo, antes de entrar en viaje similar al de Alice en Wonderland y pasear por los recovecos de la memoria cultural de Markham en su viaje al Cuzco, me es necesario elaborar algo más la cuestión de la poética arqueológica naciente sobre y en el Perú.

La entrada novedosa de la historia y la arqueología como conocimientos científicos y no humanísticos en el siglo XIX en Latinoamérica exacerbó, entre otras cosas, la cuestión sobre los orígenes de las naciones recientemente

desprendidas de la matriz colonial. La escritura de la historia es especialmente problemática por su fuerte filiación con la ideología eurocéntrica sobre la superioridad de los conocimientos letrados, ideología del saber que deja de lado o desdeña el recuerdo del pasado contenido y representado en las formas memoriales de las culturas amerindias anteriores a la conquista. La escritura e investigación de los fondos históricos no sólo estaban vinculadas a la cultura alfabética letrada e impresa, sino que dependían por completo de ella. Historia y oralidad eran consideradas una oposición desde ya contradictoria. La ausencia de escritura alfabética en las culturas indígenas anteriores a la conquista ibérica propulsaba una problemática hermenéutica de las ruinas en relación a un pasado, no tanto desconocido sino más bien de difícil y conflictiva recuperación, en cuanto “origen” de la nación. Es este el momento en que, dada la entrada de la arqueología como saber científico, aparece el espacio territorial de la república bajo el velo del un espacio anterior, es decir el arqueo-spacio que la nueva ciencia va marcando con una topografía diferente. Emerge así el espacio de la nación dentro de una multitud de complicaciones disciplinarias que proyectan “otras” temporalidades y despliegan “otros” espacios imbuidos de direcciones propias y originales. Estos saberes son post-coloniales en el más nato sentido de la palabra, ya que no se vinculan en lo más mínimo a nada de lo que se hizo o se dejó de hacer durante la colonia española³

Por ejemplo, los descubrimientos arqueológicos de Rivero aparecen directamente vinculados al trabajo lingüístico de Johan Jacob von Tschudi (1818-1880) sobre la gramática y “literatura” quechuas. En la estela que Humboldt dejara se inaugura la época de los viajeros alemanes, franceses e ingleses, personajes todos armados con los poderes de las nuevas ciencias y con técnicas y objetivos de investigación completamente nuevos en relación a la instrucción universitaria de los saberes comúnmente adquiridos por los criollos durante el fin de la colonia y la primera parte del siglo diecinueve.

El objetivo original del viaje del doctor suizo al Perú era la identificación y búsqueda de plantas medicinales en un esfuerzo por encontrar y reconstruir los conocimientos farmacéutico y medicinales de los afamados Incas. Sin embargo, no bien empezada su tarea de coleccionar y clasificar las plantas y sus usos farmacéuticos, Tschudi se dio cuenta de que su tarea sería un fracaso científico sin un conocimiento certero del quechua, idioma en el que reside el conocimiento al cual él aspira. El resultado inesperado de su viaje al Perú consiste en su determinación de aprender el quechua primero. Para hacerlo como se debe, Tschudi, estudia el quechua desde otra naciente ciencia, la lingüística, poniendo así distancia entre aquellos estudiosos que aprenden un idioma “en la calle” y los que como en su caso establecen una disciplina nueva. Tschudi busca así relacionarse con estudiosos peruanos que saben quechua, ya que el conocimiento del idioma es el umbral indispensable

por el que todo saber moderno (científico) debe pasar.

Igualmente indispensable resulta la arqueología, ciencia que no sólo mide el tiempo y el espacio, sino también los alcances y la formación material de los saberes de los antiguos. Durante su estancia en el Perú, el conocimiento arqueológico de Rivero le resultaba indispensable a Tschudi. En esos años, Tschudi se empapó de los conocimientos forjados en la localidad por el ingeniero peruano a quien en 1826 Bolívar nombrara Director (el primero) del Museo de la Nación. Al regresar a Viena, después de haber escrito la primera gramática moderna del idioma quechua, el doctor se convirtió en el patrocinador principal del trabajo arqueológico de Rivero y de la consiguiente publicación de sus *Antigüedades peruanas* (1851), pronto traducidas al inglés en 1853 como *Peruvian Antiquities*.

Del viaje científico de Tschudi al Perú se beneficiaron muchísimos otros estudiosos, inclusive varios antropólogos en Estados Unidos, ya que la publicación del libro de Rivero en inglés data de 1853. Específicamente, el trabajo de Tschudi imparte tres lecciones indispensables para el futuro viajero científico. Markham aprovecha las tres en su plan de viaje al Perú y estrategia para llegar al Cuzco y subsecuentemente, vender su libro al regreso a Inglaterra. Primero, no olvida que los intelectuales criollos en Lima sabían poco sobre la medicina nativa andina o cualquier otro asunto relacionado con la civilización andina; segundo, que el impedimento principal para acceder a este conocimiento antiguo consistía en el desconocimiento del quechua, y tercero, que los *Comentarios reales* eran una guía excelente para obtener respuestas a sus preguntas y alcanzar sus objetivos⁴.

Al reconocer la importancia del idioma para la etno-botánica, para la arqueología, para la etno-historia, Tschudi anticipa el descubrimiento que hicieron eventualmente los epigrafistas mayistas en el siglo veinte, es decir, los actuales hablantes de la lengua maya poseen conocimientos indispensables y modalidades cognitivas propias que no son reliquias sino más bien umbrales para los conocimientos modernos. No podemos esperar comprender el significado de una ruina si no sabemos el nombre del lugar en su idioma original. Por ejemplo, no podemos apreciar la verdadera importancia del mercado de Cuzco, fechado por "semanas" de nueve días, si no conocemos los ciclos y entre-ciclos del calendario lunar-solar de los Andes, y si no sabemos que se llamaba *kusipata*, es decir, "lugar de la alegría" porque en el "mercado" es donde se practicaba las formas más elementales del sistema de reciprocidad complementaria que sostenía todo el sistema social andino. Para nuestra sorpresa, a mitad del siglo de las ciencias, vemos que Tschudi llega a las mismas conclusiones a las que llegó Garcilaso en su empresa de dar a la luz conocimientos ciertos y duraderos basados en el indispensable conocimiento del idioma en que anidan los saberes de toda cultura. Como ya es bien sabido, en los *Comentarios reales*, Garcilaso sostiene, adelantándose a su tiempo, que el lenguaje es el almacén que

alberga todas las posibilidades. No es una prisión (“the prison house of language”), sino más bien la *kolk'a* (almacén en quechua). Estas afirmaciones basadas en el conocimiento del lenguaje de los constructores de las actuales ruinas son ventajosamente explotadas por Markham en su sección sobre literatura quechua, y especialmente en su estudio sobre el drama *Ollantay*. Antes de proseguir con el análisis del viaje de Markham, me es necesario decir una palabra sobre el concepto de arqueo-poética o “archo-poetics” que tomo de Shanks y Hodder.

Para algunos arqueólogos postmodernos las condiciones hermenéuticas de este saber disciplinario no han sido todavía suficientemente problematizadas. Hoy no es posible pensar, como lo han hecho varios críticos de Garcilaso, que la arqueología es una ciencia positivista ni menos aun positiva en que la interpretación juega un papel mínimo y en la cual la ideología de los participantes tanto como productores de los estudios arqueológicos como promotores de su difusión e interpretación, no juega un papel definitivo. La arqueología no se atiene estrictamente a los hechos escuetos ya que los hechos son producidos dentro de matrices culturales y discursivas. En *Interpreting Archeology: Finding Meaning in the Past* (1995), Michael Shanks e Ian Hodder se distancian de la arqueología procesual y positivista, de los reclamos puramente científicos, y afirman que la única arqueología posible hoy en día es la arqueología interpretativa. Por lo tanto, el arqueólogo necesita ser consciente de la posición del sujeto en relación con el pasado como objeto creativo que él o ella ocupan. El/ la arqueólogo debe ser además críticos de su propio discurso. Shanks y Hodder sostienen que sólo así podemos comprender y “expect a plurality of archeological interpretations suited to different purposes, needs and desires” de los varios partícipes en el círculo hermenéutico (5). Partiendo de la posición teórica de Foucault en cuanto a la producción siempre y desde ya histórica de los discursos disciplinarios y del sujeto del conocimiento (24), Shanks y Hodder invitan a una consideración crítica sobre los modos en que la técnica, estilo y procedimiento particulares de la arqueología diseñan y construyen el pasado. Esta perspectiva crítica nos permite cobrar distancia sobre los actos de validación y significación del pasado. Permite, a su vez, un re-enfoque en el que pasamos de “anchoring our accounts of the past itself to the ways [in which] we make sense of the past by working through artifacts” (25). Este re-enfoque, en que redirigimos la mirada del objeto recuperado al modo en que se da la recuperación e interpretación del objeto, es lo que Shanks y Hodder denominan una arqueo-poética. Tomando en cuenta esta noción de arqueo-poética de arqueología y la llegada de esta nueva ciencia a los Andes, pasemos ahora a Markham, a su viaje al Cuzco y al examen del despliegue de una arqueo-poética en viaje arqueológico.

Markham, al igual que el traductor al inglés de las obras de Rivero y Tschudi, inicia su libro con referencia a las historias de la conquista de Perú (1847) y de México (1843), de William H. Prescott (1796-1859). Los

capitales libros de Prescott, hoy desatendidos por los estudiosos de la re-escritura de las sociedades indígenas, fueron para muchos una gran apertura de una práctica escritural de la historia, que sabiéndose o mejor dicho, creyéndose “universal”, no se había aun alejado mayormente del litoral europeo. Markham, lector asiduo de Garcilaso, le reclama a Prescott no haber escrito con más detalle y amplitud sobre las civilizaciones amerindias. El viajero inglés, se distancia de las críticas que Prescott le hace al Inca por “idealizar” a sus ancestros, y cree más bien que la civilización cuzqueña fue tan espléndida como la historiara Garcilaso, hecho que pretende demostrar con su viaje al Cuzco actual, el que aunque en ruinas ofrece todavía prueba de las imágenes creadas por los Comentarios reales de 1609. En esta disputa es útil decir unas palabras sobre las condiciones de posibilidad del historiador norteamericano y las del viajero inglés.

Prescott nació en Salem, Massachusetts, en 1776, en una familia próspera de linaje antiguo. Estudió en Harvard. Durante sus años de “college” desarrolló una ceguera progresiva, la cual lo dejó ciego en un ojo. Esta ceguera debió haber puesto fin a sus intereses intelectuales y escolares, pero no fue así. Por el contrario, la familia consiguió un aparato (writing board) que le permitía seguir escribiendo sin necesidad de ver. Contrató a un ayudante que no sólo le leía sino que le hacía la investigación necesaria para llevar a cabo su proyecto de historiador. En España, pagaban a una persona para que fuera a los archivos en busca de lo que el joven bostoniano pedía para sus historias. Pero, como siempre, en los archivos se encuentra a veces lo que se busca y más. Prescott fue afortunado y encontró más y demás. Aprendió varios idiomas, entre ellos el español. Hacia 1823, con su abundancia de materiales, decidió escribir una historia sobre el reino de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla. En 1837 aparecen los tres volúmenes de *History of the Reign of Ferdinand and Isabella the Catholic*, basada en las muchas primicias de libros y manuscritos que le llegaron de España. La obra de Prescott, basada en la minuciosa investigación de archivos y fuentes nuevas inaugura una nueva historiografía basada en contenido y métodos de archivo. Le ganó a Prescott aprecio y fama considerables. De alguna manera estableció un punto de referencia en la escritura de la historia de las Américas y en especial de las conquistas.

Las referencias de Markham a Prescott son frecuentes al inicio del viaje y es claro que Markham se beneficia, aunque no deja de ser crítico del estilo e ideología épica de Prescott. Deja también en claro que su intención es superar al ciego historiador, quien, prisionero en su estudio en Boston, tuvo que depender exclusivamente de papeles de archivo, de cosas vistas y guardadas por un tiempo y textos no sólo pasados y arruinados, sino también distantes de las cosas en su realidad total y viva. Aunque en su introducción no hay referencia a la obra de Rivero y Tschudi. En los últimos capítulos de su libro, Markham basa muchas de sus afirmaciones sobre la literatura quechua en la veracidad de la información recogidas in situ y no en el

archivo elaborado conjuntamente por el arqueólogo y el lingüista. No hay lugar aquí para tratar el tema, pero es interesante notar la materia textual y la retórica de referencias que circulan entre estos estudiosos de los Incas.

En su "Introducción", Markham intenta captar la atención del lector con promesas de relatos de grandes aventuras, no menos maravillosos y menos verdaderos que las historias contadas por el ahora famoso y reconocido Prescott (basadas en mucho en la narrativa de Bernal Díaz del Castillo para México y Cieza de León para el Perú. Markham no alude a la ceguera de Prescott. Sin embargo, es obvio que Markham opera convencido de la superioridad de la exactitud del testimonio e informe personal y especialmente visual, a pesar de que valora también la fuerza narrativa de la aventura del héroe medieval. No obstante, el joven británico adelanta la idea de que los hechos de las conquistas de América contienen las más fabulosas y avasalladoras narrativas en sí y que exceden a toda comparación con las gestas medievales, es decir, al paradigma narrativo de Prescott. Para Markham, no existe límite a las veces en que estas historias se pueden contar una y otra vez, ya que sobre pasan todo lo sabido y acostumbrado en el repertorio europeo, inclusive las leyendas de Arturo o Espaldian. "Surpassing in wonder the tales of Amadis de Gaul, or Arthur of Britain, yet historically true, the chroniclers of the conquest of the New World, the voluminous pages of the Inca Garcilaso, and the simple record of the true-hearted old soldier, Bernal Díaz, are the last and not the least wonderful narratives of medieval chivalry" (82). A pesar de la destreza del Inca, el absorbente testimonio de Bernal, y el reciente éxito de Prescott, Markham se embarca en el proyecto de cara a estos relatos una vez más, ya que la gran variante que la obra tendrá es el punto de mira: la escena directa de los lugares de los hechos (el arqueo- espacio). De hecho, Markham anuncia no sólo su importantísima variación, sino una corrección clave a Prescott, Bernal Díaz y Cieza de León. Aclara que "in the eager search for information with regard to the conquest of America, the deeply interesting history of its anterior civilization has been comparatively neglected; and the blood thirsty conquerors have been deemed more worthy of attention than their unfortunate victims" (2). Esta es la insuficiencia que, por medio de la arqueología, Markham piensa corregir. Registra con este reclamo no sólo un cambio de método, sino también un cambio de objeto: los hechos de los Incas por la historia de la conquista española.

Su proyecto está concebido para sobrepasar todo lo que le antecede. Su viaje a las ruinas, en especial, le permite ir más allá y corregir la seria ausencia de las civilizaciones amerindias en Prescott. Markham no sólo está dispuesto a corregir este error en la selección del sujeto de la Historia, sino además está preparado para lanzarse aún más lejos. Parece reprocharle a Prescott el haber dependido exclusivamente de las crónicas y de tanto material archivado, cuando el procedimiento adecuado dentro del contexto de viajes y escritura de la historia de antiguas civilizaciones en el siglo XIX

debía haber sido, como ya era el caso con la publicación del difundido libro de John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood, ir físicamente a estos sitios para apreciarlos con sus propios ojos y desde la mirada científica actual. Con *Incidents of Travel in Central America* (1841) e *Incidents of Travel in Yucatan* (1843) en mente, y muy consciente del éxito comercial de estos libros, Markham anuncia que su libro también se basa en una visita extensa y exploración visual del Perú y de las ruinas incas. Los estudiosos de los cronistas españoles como Prescott, dice Markham, “have never themselves gazed with rapture on the towering Andes, nor examined the native traditions of the country described, nor listened to sweet but melancholy [sic] Inca songs, nor studied the beautiful language in which they were written” (3). Teniendo en cuenta los tres requisitos que Markham impone a su empresa: (1) experiencia visual inmediata, (2) estudio y comprensión del mundo indígena, (3) conocimiento y apreciación del idioma y de sus manifestaciones artísticas, es fácil ver que el explorador y arqueólogo lleva bien asimilada la lección historiográfica enseñada por el Inca Garcilaso, una lección que tampoco pasó inadvertida para Rivero o Tschudi.

Es más, Markham señala que, de todas las personas que han escrito recientemente sobre el Perú, “none have visited once the imperial city of Cuzco” (3). El viajero inglés ofrece, en efecto, no sólo una novedad, sino los derechos exclusivos del tipo de conocimiento y de perspectivas visuales que su texto presenta al lector. Su “visit to the actual scene of the deeds of the Incas, by one who would be at pains to undertake such a journey” (3), superaría todo lo que los historiadores pudieran producir en su escritorio. La nueva ciencia que Markham está presentando a su nuevo público combina la información que la historia puede facilitar con la confirmación y amplificación que sólo una exploración directa e in situ del “lugar de los hechos” puede brindar. La disposición para viajar y la voluntad de emprender arduas y riesgosas marchas, lejos de la comodidad de las bibliotecas y archivos, es lo que distingue este nuevo conocimiento inspirado, desde luego, en los afamados relatos de Humboldt sobre sus expediciones al “Nuevo mundo”. Así, Markham practica una nueva poética, una arqueopoética, en que el relato de viaje no sólo se informa de la historia, y produce saberes arqueológicos, sino que, al combinarlos, los interroga para así entregar al lector un diálogo palimpséstico en que los textos fundadores se esfuman y reaparecen sobre la página re-dibujados por el presente.

Markham partió de Inglaterra en agosto de 1852. De camino al Perú, pasó por Nueva York y Panamá, y llegó a Lima unos cuatro meses más tarde (9). Su relato de viaje se mueve rápidamente por Lima, para pronto abrir el segundo capítulo con el “Journey to Cuzco”. La primera parada en su subida a Cuzco es Chilca y comenta enseguida que “it is inhabited by a race of Indians, who thus isolated in a small oasis surrounded by the sandy wilderness, have preserved much of the spirit of freedom and independence [of the pre-conquest period]” (21). El siguiente párrafo revela que Markham

ya se había formado algunas ideas sobre la interacción entre [12] los indígenas y los españoles y sobre la importancia de la resistencia cultural para la producción de vistas y escenas “auténticas”. Ilustra sus anticipados “findings” con varios ejemplos. Entre ellos encontramos esta vignette. “An instance of their determined resistance of oppression occurred the morning after my arrival: when, my soldier having given the syndic of the village a blow with the but end of his pistol, the whole population assembled in a state of the utmost excitement, and instead on the fellow being sent back as prisoner for trial to Lima for trial” (21).

Desde un comienzo el relato de Markham se entrelaza con el recuerdo de los *Comentarios reales*. En Asia, un pueblo más pequeño aún, constituido por no más de diez cabañas de quincha, el letrado y experto viajero encuentra otra joya ya anticipada: “At this wretched little place I found an Indian who possessed a copy of the *History of the Incas* [sic] by Garcilaso de la Vega, and who talked of their deeds as if he had studied its pages with much attention” (23). Si la presencia del intertexto garcilasiano es casi constante, no por eso dejan de ser precisas, concisas y objetivas las descripciones de Markham. Sus detalles agudizan y revelan aspectos claves de la región, el clima, sus productos, la organización política y social. La observación directa revela también un excelente conocimiento previo de la historia antigua y reciente del país.

Después de pasar la noche en Cañete, observa que los dueños de las fincas son “an excellent class of country gentlemen, upright, hospitable and kind to their slaves and dependants” (25). Continúa con una información minuciosa sobre las haciendas en el valle, sus nombres, los nombres de los propietarios, el cultivo, el número de los labradores y de familias que residen en el fundo. Para Markham las haciendas constituyen un “charming arrangement” (25). No falla en averiguar si hay o no sacerdote, atento en todo su viaje a la influencia del sacerdote en cuanto autoridad religiosa y letrado local. Siguiendo los pasos de los viajeros europeos en este periodo, Markham informa cuidadosamente sobre las posibilidades para el comercio de exportación-importación. Sabe que sus lectores están tan interesados en un buen relato de aventuras - en la historia de los Inca y en las grandes ruinas de Cuzco- como en la posibilidad de establecer comercio con la zona andina.

Así, el relato y viaje científico se va transformando, se va constituyendo, en cuanto objeto discursivo, por medio de una serie de mapas superimpuestos. Del encuentro con cada complejo de ruinas, el Perú emerge un arqueo-espacio. Pero se trata de un arqueo-espacio estático en el tiempo o la imaginación. Por el contrario, lo que tenemos a la vista es un arqueo-espacio dinámico, sujeto a interpretaciones que se superponen unas a otras y en el que el movimiento de una capa interpretativa disturba la inercia o tranquilidad de todas las otras. A medida que el ojo del viajero explora y evoca afectivamente el arqueo-espacio de las ruinas y lugares históricos, las

va recubriendo o tiñendo por otras topografías que conllevan valores sociales y comerciales de la actualidad. Se produce así una especie de curioso palimpsesto, ya que se construye encima del antiguo espacio demográfico y agrícola de los Andes una topografía transformada, producida por la encomienda y la hacienda y, a su vez, teñida por la valoración que el viajero le confiere en cuanto lugares de posible futuro comercio.

A pesar de la atención a la cuestión comercial, Markham no cesa en su promesa de llevar al lector al “lugar de los hechos”, es decir al arqueoespacio. Al pasar por Pachacamac, el viajero descubre la identidad y significado originarios del lugar. Esta grandísima ruina, de esplendida vista al mar, nos recuerda Markham que fue, “conquered by the Incas, in the time of Pachacutec, whose son, the renowned Prince Yupanqui proved the superiority of the arms of the Sun, in many fierce battles with Yunca Indians” (30). Nada más ni nada menos que una página sacada de los relatos del rey Arturo o mejor aún, de las páginas del Inca Garcilaso (Tomo II, 63-65). Después de evocar las sangrientas batallas por la conquista de Pachacamac, vuelve al presente y no pierde la ocasión de señalar que en las “huacas, or burying places [and] many curious relics of this period have lately been dug up, including specimens of Inca pottery, stone conopas, or household gods, golden earrings, and silver ornaments of various kinds” (31). Markham no comete errores. Siendo su fuente principal Garcilaso, su conocimiento de la cultura inca y pan-andina es exacto, tanto así que hasta parece comprender el significado de las conopas.

El conocimiento garcilasiano de la cultura pan-andina lo acompaña en todo su viaje y con él infunde al territorio que atraviesa un fuerte sentimiento del pasado. Markham despliega a su vez una memoria amplia y viva de los eventos de la conquista historiada por el Inca en la *Historia general del Peru* (1616) y, claro, también por Prescott. Se detiene en los sitios de las famosas batallas, de los lugares de acampamento de los grandes ejércitos compuestos por indios y españoles en época de las guerras civiles. Fiel lector de Garcilaso, en la política de esas guerras, casi siempre toma la parte del Inca historiador. Por ejemplo al llegar a las puertas de la hacienda Larán, nos informa que el lugar marcó la frontera entre los territorios que la Corona concedió a Pizarro por un lado y a Almagro por el otro. El narrador en el texto de Markham se detiene para otorgarle a este olvidado lugar un significado que sólo el pasado le puede conferir. Aunque olvidado en el presente, el significado de esta batalla perdura, puesto que las guerras civiles entre Pizarro y Almagro reverberan a través de la historia peruana. “It was there that Marshal Almagro established his head quarters, when returning from Chile in 1537; he proceeded to the coast, to claim from Pizarro his share of the territories of Peru. The stormy interview between these two fierce adventurers at Mala, led to the retreat of Almagro into the interior, and [to] his final overthrow in the bloody battle of Salinas” (33). Markham enchufa su narrativa de viaje en la *Historia general del Peru* de

Garcilaso, texto que viene a operar a manera de suplemento. La afamada batalla de Salinas, aquella batalla tan bien documentada y estudiada por Garcilaso, toma su lugar pleno en la historia. Batalla fatídica para Garcilaso ya que ni el padre ni él se pudieron jamás recuperar de las acusaciones contra la lealtad del padre a la Corona, batalla debido a la cual, tal vez, Garcilaso tuvo que terminar siendo historiador.

El ascenso al Cuzco va marcando las paradas y estadías en haciendas, tambos y parajes desolados. Este ascenso, a veces jadeante, establece también un ritmo de expectativa. Cada parada pospone y anticipa la llegada, ese momento único en que el Cuzco se hará visible, palpable. Markham no deja de marcar el crescendo que se estrecha hacia la cumbre del esplendor. Cuzco, imaginado y acariciado en las fantasías nacidas por primera vez en la lectura de Garcilaso, Cieza de León y, desde luego, en Prescott, está ahora al alcance. Cuzco evocado, Cuzco en cuanto imán que le atrajo desde Inglaterra a la cordillera de los Andes, aparece finalmente a la vista del viajero aquella inolvidable mañana del 18 de marzo 1852. Gracias a su aguda memoria de la topografía, del espacio visual del Tahuantinsuyo, Markham informa que ha cruzado el río Apurimac y ha entrado en el territorio que “once composed the empire of Manco Capac, the first Inca of Perú” (94). Desde el abra del Apurimac, el viajero retrazará los pasos de los Incas en batalla contra los Huari, de los españoles en su marcha guerrera por los amplios caminos de los Incas. Markham duerme en *tambos* reales ahora abandonados, reanuda la marcha por desfiladeros imposibles. Al entrelazar filamentos inseparables de una memoria imaginada con las percepciones sensoriales actuales, la narrativa de Markham hace visibles y hasta palpables las escenas de la antigua historia. Al ver y sentir las ruinas vivientes del imperio inca, imparte a cada piedra, a cada puente colgante, a cada árbol en flor, a cada reloj solar, un aura de nostalgia, una pátina de afecto, la que en sí evoca el afecto nostálgico de los recuerdos del Inca varado en Europa.

La narración del viaje al Cuzco es una pintura en *pentimento* en la que el juego de palimpsestos es incesante. Pareciera no tratarse de un primer viaje, sino más bien de un regreso. A medida que escribe y evoca, imparte el sentimiento del “sweet-sorrow” de la anticipada partida. La ilimitada alegría de saberse ahí se mezcla con la melancolía de haberse ya despedido, un poco también a la manera del Inca. El texto fundacional, la propia nostalgia de Garcilaso por Cuzco y la querida patria transpiran por los poros de la narración de Markham. Captura y reproduce el tono del Inca: el lamento entusiasta, la elegía.

La subida al Cuzco en febrero 1853 se da paso a paso en las graderías de uno de los famosos caminos tallados por los Incas en las rocas andinas. Pueblos pequeños y campos cultivados aparecen y desaparecen mientras que el camino se enrosca en las majestuosas montañas. A cada vuelta el viajero ve ruinas de campos y andenes. A pesar de ser ruinas y precisamente por ser ruinas hoy, estos lugares silenciosos se transforman en testigos de

una vida y belleza desbordantes anterior a la llegada de los españoles. La flores silvestres, "Slopes covered with lupine, heliotrope, verbena and scarlet salvia" (53), recubren el camino de entrada en la Hatún Pampa en Cangallo. El itinerario del viaje ofrece aquí un inesperado contraste entre el campo hoy florido y la escena de la sangrienta batalla entre Almagro el Joven y las fuerzas del Virrey Vaca de Castro en 1542. "The battle was long doubtful; but at length Castro was victorious, and out of 850 Spaniards that Almagro brought to the field, 700 were killed. The victors lost about 350 men" (61-2). No se dice nada más sobre la sangre que debió inundar la Hatún Pampa aquel día. No hay mención de los miles de hombres y mujeres, soldados del ejército indígena, que luchaban (forzadamente) en ambos ejércitos de españoles.

Asia, Cangallo, Ayacucho son paradas en el camino a Cuzco, el objeto del deseo que determina la inclusión y exclusión de la temática. Después de Ayacucho, la narrativa se centra en las particularidades de los hondos ríos que había que cruzar antes de llegar al Cuzco, la dificultad del terreno y la maravilla de los puentes colgantes. Estas escenas le recuerdan al lector moderno los paisajes de José María Arguedas. Aunque en dirección inversa ya que los jóvenes de Arguedas recorren la misma ruta ascendiente y descendiente, llena de abras y vistas de floridos valles en su camino a las húmedas y calientes ciudades de la temida yunga. Por fin, el 18 de marzo 1853, Markham cruza el río Apurímac, muy consciente del significado del nombre del río, "Apu que habla", y que al cruzar este río siente que emula a Manco Capac en su llegada al Cosco, ombligo del mundo.

En este momento, el viajero inglés se deja arrebatar por la emoción. Saberse en el mismo lugar que Manco Capac, su principal héroe cultural, cuando el joven fundador andaba explorando la región de Cuzco, es realmente conmovedor para Markham. La imaginación convertida en deseo y alimentada por las lecturas de la historia incaica se apodera de la experiencia vivida. La memoria histórica textualizada supera la experiencia vivida, una experiencia sólo expresable en términos previamente formulados por su maestro espiritual: Garcilaso de la Vega, Inca. Todavía no ha llegado al Cuzco, pero se imagina a Manco Capac pensando en asegurar el terreno o tomar la decisión de construir cuatro fortalezas: Ollantay-tambo en el norte, Pacari-tambo en el sur, Paucar-tambo en el este y Lima-tambo en el sur. En este momento, el viajero-historiador se recupera de su indulgencia memorial y vuelve al presente, el momento del relato de viaje, para ofrecerle al lector una escena viva repleta de peligro y esfuerzo por alcanzar el puente, cruzarlo y finalmente ver el Cuzco. En esta escena, al igual que en la mayor parte de la narrativa, la estrategia basada en la anticipación le permite fundir descripciones testimoniales con extensos recuerdos textuales. A menudo, una escena visual empapada de sentido local se inicia y establece por medio de una serie de escenas y descripciones derivadas, no de experiencias visuales del viajero, sino de un ojo mental que ve recordando lecturas

previas.

La marcha hacia el centro del mundo Inca continúa. Quedan por cruzar dos pampas antes de poder ver Cuzco desde la cima de la última abra. Cuando finalmente llega, al final del día, Markham entona en voz alta un canto a la ciudad. Invoca al Cuzco repetidamente: “Cuzco” City of the Incas! City where in by-gone times, a patriarchal form of government was combined with a high state of civilization [...] Cuzco! The hallowed spot where Manco’s golden wand sank [...] Cuzco! Once the scene of so much glory and magnificence [...]” (95). En la cuarta invocación el texto señala claramente la ubicación intertextual de Markham con Garcilaso, como también la incasante construcción del palimpsesto garcilasiano del que el libro depende.

Como vemos, las invocaciones de y a la ciudad resaltan características típicas de su naturaleza y aura históricas. Vemos el Cuzco que Garcilaso textualiza, más que el Cuzco configurado en la mirada del viajero. El objeto de su deseo está a plena vista, pero aparece envuelto en la memoria de las imágenes que surgieron de la prosa de Garcilaso. Estas imágenes mismas procedieron de la mirada del Inca, quien, de joven, recorrió la ciudad y su esplendor pasado. Ver Cuzco como una ruina viviente supone un juego constante de ida y veulta de imágenes, entre las de la mirada inmediata y las de la mirada mental.

El Cuzco que sigue desplegándose es un lugar de conocimiento, de ceremonia y de gloria. A medida que Markham avanza, Cuzco continúa siendo evocado, y así no se despliega una descripción de las ruinas arquitecturales de los Incas, sino una evocación de los rituales y ceremonias espléndidos que llenaban las plazas y calles con bailes teatrales, ofrendas rituales al sol y la luna y a los apus. Tal como en la Roma imperial, Markham evoca las entradas ritualizadas de los gloriosos ejércitos al regreso de la conquista del gran Chimor o Pachacamac. El carácter imperial de Cuzco le fascina al viajero inglés, y, aunque no faltan comparaciones con la grandeza de la China imperial y con la India, también hay una alusión implícita a la Inglaterra imperial y sus fastuosas colonias asiáticas.

Posiblemente motivado por el deseo de superar los recientes resultados de Tschudi como experto en quechua, Markham parece haber concebido su viaje a Urubamba durante sus primeros días en el Cuzco, cuando se enteró de que don Pablo Justiniano, el sacerdote de Laris y descendiente de los Incas, tenía en su posesión la única copia conocida de la transcripción original del *Ollantay*. Markham sabía también que don Pablo tenía unos retratos de los Incas de cuerpo entero. En la carrera imperial típica del siglo XIX por el conocimiento y las adquisiciones en las “nuevas” colonias, estas “ruinas” y tesoros serían la joya más preciosa de cualquier viajero. Los imperios del diecinueve requerían no sólo posesiones materiales sino también la posesión de los conocimientos; y la arqueología juega un papel principal en esta configuración de poderes y saberes.

Ya sea antes de salir para el Perú o a la vuelta a Inglaterra, Markham leyó cuidadosamente el drama *Ollantay*. Su relato de viaje a Urubamba, su contemplación de las ruinas de Ollantaytambo, están entrelazados con la historia de amor del *Ollantay*. Gracias al palimpsesto, la dimensión humana del lugar siempre queda en primer plano del texto. En la exploración arqueológica de Markham, el lector rara vez ve simplemente ruinas ya que las ruinas se convierten en escenas, y las escenas en dramas o relatos. Los Incas se convierten en actores en un espacio y tiempo doble: el pasado en su arqueo-espacio revivificado y en el relato de viaje que evoca. Al igual que el Cuzco, Ollantaytambo cobra vida en la rendición narrativa de las aventuras de los amantes, de las batallas entre los ejércitos de los Incas y del general rebelde enamorado, que arriesga todo por su amor por la prohibida Ñusta.

Markham cierra su viaje al pasado-presente, su paseo por las actuales ruinas, con abundantes traducciones del *Ollantay*, y un aprecio sincero por la riqueza y dulzura del lenguaje. Como tantos otros estudiosos del quechua, Markham coincide con Garcilaso al elogiar la capacidad expresiva del idioma de los Incas. No cita aquí a Garcilaso, su texto maestro y guía, pero sí enfatiza la noción de que el conocimiento del lenguaje (viviente) en las ruinas es indispensable para ver y que este mirar está sujeto al lenguaje. Cuzco, tal como lo evoca el intertexto de Markham, aparece menos como una ruina y mucho más como una escena poderosa, viviente y hablante. Se trata de una memoria indeleble, como un Apu-rimac, con una arqueo-poética muy propia debida a la interacción constante entre lugar y memoria e imaginación escritural.

NOTAS

1 En "The Nation in Ruins: Archeology and the Rise of the Nation", un artículo mío publicado en *Beyond Imagined Communities* (2005), examino la apariencia de la arqueología en el discurso de intelectuales locales en el Perú. Proponía que la presencia inmediata de las ruinas brindaba una referencia innegable a la antigüedad de la nación, y producía un arqueo-espacio en cuya base hay que empezar a imaginar la nación. Este acto de imaginación dependía más de observaciones locales directas que de la circulación de textos. Con mi argumento intentaba demostrar que en naciones como el Perú, observaciones directas y otras vías de conocimiento eran más importantes en la formación de discursos nacionales que la circulación de materiales impresos.

2 Lectores del Inca Garcilaso de la Vega, de Guamán Poma de Ayala y José María Arguedas, y también intérpretes modernos de la cultura andina, como Tom Zuidema, Manuel Burga y Alberto Flores Galindo, saben que la memoria y el sentido de comunidad están ligados, no sólo a rituales, baile y teatro, o a una rica cultura oral, sino sobre todo a una cosmovisión andina, en la que la tierra constituye un espacio sagrado que recuerda eventos míticos, históricos y actuales. Los mitos de Huarochiri (1609) demuestran cómo cada piedra y río representan y cuentan cada día la historia del origen de cada ayllu. Para más sobre la cuestión de la memoria y los modos de inscripción que no sean de la cultura impresa, véase el artículo citado antes.

3 En este sentido véase mi anterior artículo, "Lima: A Blurred Centrality" en Mario J. Valdes and Djelal Khadir eds. *Literary Cultures of Latin America. A Comparative History*. Oxford: Oxford University Press, 2004, Vol. 2. pp. 426-443.

4 A pesar de los comentarios desdeñosos de María Rostoworoski sobre el valor del trabajo del Inca Garcilaso como fuente para [la investigación sobre] las civilizaciones andinas, estudios recientes sobre arqueología, arquitectura y khipu tienden a validar al Inca como fuente. Véase por ejemplo, Susan A. Miles, *The Shape of Inca History: Narrative and Architecture in an Andean Empire* (Iowa City: University of Iowa Press, 2002).

OBRAS CITADAS

Castro-Klaren, Sara. "The Nation in Ruins: Archeology and the Rise of the Nation". *Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Eds. Sara Castro-Klaren y John Charles Chasteen. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2005. pp. 161-184.

Hodder, Ian Michael Shanks. *Interpreting Archeology: Finding Meaning in the Past*. London: Routledge, 1995.

Markham, Clements R. *Cuzco: A Journey to the Ancient Capital of Peru with an Account of the History, Language, Literature and Antiquities of the Incas and Lima: A Visit to the Capital and Province of Modern Peru*. London: Chapman and Hall, 1973.

Nota: este trabajo es la versión en castellano (aumentada y revisada) de "The Ruins of the Present: Cuzco Evoked" de pronta aparición en *Telling Ruins in Latin America*, editado por Vicki Unruh y Michael Lazara y publicado por Palgrave-Macmillan.

La traducción al castellano la hizo Heike Scharm y fue revisada y aumentada por la autora.